

España. Este Papa instaba vivamente á Felipe á que enviara á su hermano natural, D. Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, con un ejército para libertar á María y conquistar la Inglaterra, la Escocia y la Irlanda. Felipe no accedió entonces á esta petición, porque hartó ocupado le tenían los asuntos de Portugal y de los Países Bajos; pero el Papa no cejó por esto en su empeño de atacar á Inglaterra, y especialmente á su comarca mas privilegiada, la Irlanda.

En esta isla, á pesar de los cuidados de los tutores de Eduardo VI, habíase arraigado el protestantismo menos que en Inglaterra (1), así es que al subir al trono María Tudor, recuperó su preponderancia la antigua religion y con ella la recobraron también las antiguas costumbres. En el pequeño territorio que estaba bajo la inmediata soberanía de Inglaterra, «la empalizada inglesa», se acumulaban las guarniciones como en un país enemigo; en cuanto á las comarcas propiamente irlandesas, que solo de un modo vago dependían de la soberanía de Inglaterra, presidía en ellas, bajo el régimen de los pequeños príncipes y de su corte, un estado de cosas peor que el derecho de la fuerza que presidió durante la Edad media, respetándose á los fuertes y saqueándose á los débiles.

El asesinato y las luchas armadas estaban al orden del día, y los condados mas florecientes eran devastados. «Lo que cuatro personas siembran, escribía en 1569 un agente español, lo cosechan ciento, y es tenido por mejor hombre aquel que obtiene mas éxito en el saqueo de la propiedad de su vecino. Todos los nobles de última fila habitan cada uno en su torre de piedra, donde toman á su servicio á todos los malhechores de las cercanías; y el número de estas torres es infinito.» En 1561, un enérgico y poderoso caudillo, Schan O'Neil, descendiente de la antigua nobleza indígena de Irlanda, se apoderó de las comarcas septentrionales de esta isla, levantándose públicamente contra la autoridad de la reina. Durante muchos años fracasaron todas las tentativas para vencerle por todos los medios, desde la violencia á la traicion y el veneno: aquel atrevido guerrero se dirigió al Oeste invadiendo á Connaught, proponiéndose hacerse rey de toda la isla y, como en otro tiempo sus antecesores, dominar en «Taras Halle» sobre todos los descendientes de Erin. A los seis años, las tropas inglesas y la hostilidad de los irlandeses pusieron fin á la vida y dominación de O'Neil (1567). Sir Enrique Sidney fué el que obtuvo tan feliz éxito á pesar de no contar con medios suficientes. Aquel hombre inteligente comenzó á curar con mano fuerte las heridas por las cuales se estaba desangrando la Irlanda, prohibiendo á los caudillos exigir tributo de los vasallos y de las ciudades. Bajo su mando el comercio y la industria se reanimaron, especialmente en los puertos; se cultivaron los campos con mayor esmero, pues el labrador no tuvo ya que temer el saqueo de su cosecha por tal ó cual de sus convecinos.

Precisamente por esto los innumerables caudillos encerrados en sus torres de piedra y sus hambrientos servidores estaban poseídos de odio y de cólera contra la soberanía inglesa; sentimientos que animaban también á la mayoría del pueblo irlandés, que, á pesar de los beneficios que le reportaba el régimen inglés, no podía olvidar que era un régimen de extranjeros y de herejes. La esperanza de los irlandeses estaba en España, con cuyo auxilio creían poder restablecer la misa y el crucifijo. Entonces, cuando los irlandeses imploraron el apoyo de los españoles contra los pro-

(1) Froude, VIII, 1, 56, 372, 421. X, 476, 563. XI, 173, 265. XII, 196. Véase la descripción que hace Lorenzo Vital en 1518 del estado de cosas en Irlanda, y que en nada se parecen á los detalles suministrados por Froude. *Colección de viajes de los soberanos de los Países Bajos*. (Bruselas, 1881), pág. 283.

testantes sajones, las creencias de los hijos de Erin, poco seguras, populares y vivificadas por algunas particularidades nacionales, se convirtieron en el mas austero y romano catolicismo. El odio nacional produjo el odio religioso y este, á su vez, fortaleció y aumentó el odio nacional (2).

Por otro lado, los ingleses creían lícito cuanto hacían contra los irlandeses, á quienes despreciaban como bárbaros y papistas y á quienes consideraban como una especie de animales silvestres, que debían ser exterminados á todo trance. Un honrado y bondadoso inglés, que se horrorizaba de las crueldades del duque de Alba, creía en cambio cumplir un deber asesinando á las mujeres, hijos y aun niños de pecho de los irlandeses, y acabando «con aquellas fieras».

Entre pueblos animados de tales sentimientos no podía naturalmente subsistir por mucho tiempo la paz. En efecto, con asentimiento de la reina, concibieron algunos nobles ingleses establecidos en Irlanda el proyecto de llevar á cabo una gran colonización en aquel país para lo cual, por supuesto, apelaron el sistema de confiscar á los irlandeses sus bienes y aniquilar á los propietarios del país. Cuando, en el verano de 1569, los ingleses dieron comienzo á su plan, arrebatando centenares de súbditos á la hasta entonces fiel familia de Ormond, estalló en todas partes la sublevación de los indígenas, los cuales demandaron auxilio al Papa y al rey de España, sin que sus súplicas fuesen durante mucho tiempo atendidas. Los escasos medios de que podía disponer la Santa Sede habían sido destinados á la lucha contra los turcos y Felipe tenía hartó que hacer en los Países Bajos para destinar sus fuerzas á las empresas irlandesas, con lo cual se hubiera atraído además la enemistad de Inglaterra. Pero como Isabel no podía ó no quería gastar nada en la dominación de Irlanda, los celtas irlandeses se bastaron á sí mismos, logrando no solo quebrantar por completo la autoridad de la reina en la *empalizada inglesa* y restablecer en todas partes el servicio católico, sino avanzar destruyéndolo todo hasta las praderas de Dublin. Aunque despues se restableció durante algun tiempo la tranquilidad, no tardó mucho en estallar de nuevo el levantamiento, hasta que el papa Gregorio XIII tomó bajo su protección á los mas fieles y adictos de entre los católicos, enviándoles en 1579 algunos expertos oficiales irlandeses, italianos y españoles que les organizaran y dirigieran. También les envió un legado que animara su celo religioso, su bendición apostólica y una bandera bendita que les diera mayor ardimiento y les asegurara la victoria bajo el amparo de Dios. En efecto, el fanatismo religioso produjo de nuevo en toda la isla un poderoso levantamiento, tomando parte en aquella cruzada contra los herejes los descendientes de los antiguos conquistadores normandos de la *empalizada inglesa*, familias que, por su larga residencia entre los irlandeses, se habían hecho irlandesas y abrazado las creencias católicas.

Ochocientos italianos que el Papa envió á Irlanda para auxiliar á los sediciosos parecieron á los irlandeses, tan fácilmente impresionables, la vanguardia de un numeroso ejército católico. Cuatro años tardó en ser sofocado este levantamiento (1583) que costó la vida á millares de irlandeses. Toda la parte meridional de la isla quedó convertida en desierto. ¡Simiente de sangre que se arraigó profundamente en el corazón de los irlandeses y que durante siglos había de producir todavía sangrientos frutos!

La corte romana, á pesar del mal éxito obtenido, no renunció á sus hostiles intrigas contra la directora y defensora de la herejía, contra Isabel: Gregorio XIII tenía la ambición

(2) Pauli, *Memorias sobre la historia inglesa*, 215.

de conquistar, como su antecesor Gregorio Magno, la Inglaterra para Roma.

En Douai y despues en Reims se crearon para los sacerdotes ingleses y escoceses seminarios que eran verdaderos focos de fanáticos y traidores á su patria. Los ministros que se encontraban al frente de estos establecimientos habían desempeñado durante la dominación de María Tudor los principales cargos eclesiásticos y alimentaban el mas implacable odio contra el gobierno que los había arrojado de sus puestos. Además, había en Roma, bajo la dirección de los jesuitas, un colegio inglés cuyo objeto era facilitar la propagación de las doctrinas católicas en Inglaterra (1), y cuyos educandos eran otros tantos caudillos que habían de organizar la lucha contra la herejía Isabel. El Papa les trataba con gran distinción, les animaba á la guerra santa y les excitaba á que «se deshicieran de la impía Isabel» (2).

Esta actividad no era infecunda, pues los que de tal colegio salían se introducían disfrazados en Inglaterra y una vez allí animaban á los pusilánimes y excitaban á los tolerantes. Segun ellos, el buen católico no debía vacilar en los actos exteriores y debía renunciar á todo trato con los herejes. En todos los lugares tomó gran incremento la resistencia contra las leyes y autoridades civiles y religiosas, publicándose una porción de folletos contra el ilegítimo y tiránico poder que Isabel ejercía. Los sacerdotes católicos ingleses mantenían activa correspondencia con todos los extranjeros enemigos de Inglaterra.

Una hostilidad tan agresiva del catolicismo acabó con la paciencia y la tolerancia que Isabel hasta entonces había sabido conservar prudentemente. A pesar de la bula de excomunión del Papa, habían sido puestos en libertad en 1574, con gran descontento de los fanáticos puritanos, muchos papistas que estaban presos, pero, desde aquel momento, cesó toda consideración, y fueron reducidos á prisión multitud de nobles del país que habían sido sorprendidos oyendo misa. El que daba asilo á un jesuita ó á los sacerdotes católicos educados en el extranjero era castigado con severas penas. Un gran número de jóvenes sacerdotes que, procedentes de los seminarios de Reims y de Roma, habían llegado á Inglaterra, fueron ejecutados en 1581, no por sus ideas religiosas sino acusados de alta traición. Constantemente se hizo una distinción entre aquellos que abrigaban ideas de traición y mala voluntad contra Su Majestad y los que, en su candidez, se habían dejado seducir por un fanatismo inconsciente y ciego (3): estos últimos eran castigados con penas leves y á lo mas con el destierro, siendo ejecutados solamente los que estaban convictos de conspirar contra la reina. Mas en los años sucesivos, sufrió igual martirio un número no despreciable de sacerdotes seminaristas; pues el gobierno inglés conocía, por medio de sus espías, la conducta de los sacerdotes católicos ingleses y su llegada á Inglaterra, á cuyo efecto se formaron unas listas de todos los jóvenes que residían en el extranjero, y fueron llamados á su patria los que estudiaban en los seminarios (4). La asistencia á la misa era castigada con quinientas libras de multa y un año de cárcel y la no asistencia á los oficios anglicanos llevaba consigo la pena de veinte libras mensuales. En tan triste situación, estallaron el fanatismo del Papa y el celo ciego de los católicos ingleses; y aun los antiguos creyentes, en vista de estas persecuciones religiosas decretadas por la reina é hijas solo de

una necesidad política, estaban indignados, no contra el Papa, sino contra Isabel. Este estado de cosas fué causa de crueles odios y cóleras por parte de los católicos de todo el orbe.

Estos podían acariciar la esperanza de que en breve habían de unirse España, Francia y Escocia para atacar á la reina de Inglaterra.

En Escocia, había sido elegido regente en 1572 Morton, hombre sombrío, severo y de poca importancia, pero dotado de gran penetración y de una energía prodigiosa, el cual consiguió devolver la paz á aquel país asolado y desunido. Bajo su prudente gobierno, florecieron el comercio y la industria; pero la prudencia é imparcialidad con que gobernaba le atrajeron gran número de enemigos; y como tenía motivos para temer los sentimientos que un día podría abrigar Jacobo VI, pensó seriamente en hacer las paces con María Estuardo y en buscar en ella un apoyo. La desconfianza que á esta princesa inspiraba su antiguo adversario fué causa de que fracasaran, desgraciadamente para ambas partes, las negociaciones entabladas.

Cuando Jacobo, habiendo llegado á los trece años, fué de derecho mayor de edad y se encargó del gobierno, se entregó por completo á la dirección de un cortesano astuto que se había educado con Catalina de Médicis, y cuyo nombre era Esmé Stuart, señor de Aubigny. Este hombre, que fué muy pronto elevado por su joven y régio amigo al título de conde de Lennox, era católico, pero aseguraba á Jacobo, aficionado desde muy joven á los estudios teológicos, que había ingresado de nuevo en el protestantismo, astucia hábil y calculada con el objeto de llegar con el tiempo á una posición elevada y de asegurar el favor de Jacobo. Lennox, adicto á los Guisas y al Papa, quería indudablemente atraer á Escocia á la gran alianza católica contra Inglaterra y preparar el triunfo definitivo de esta liga.

Lo primero que importaba era derribar á Morton, considerado como el principal caudillo del protestantismo, y para ello se le acusó de cómplice en el asesinato de Darley, á lo cual contestó el acusado procurando disculparse con el asentimiento de la reina. Sin embargo, á pesar de todas las observaciones y amenazas de Isabel, el poderoso hombre de Estado subió al cadalso en 2 de junio de 1581.

Bajo la influencia de Lennox, Jacobo VI se inclinó cada vez mas á la Francia, especialmente á los Guisas y al partido católico europeo, y María Estuardo se vio reducida á reconocer como legal el gobierno de su hijo en Escocia. Restablecida de esta suerte la paz entre la reina prisionera y su hijo, pudieron los interesados dedicarse con mayor celo á la realización del plan cuyo objeto era catolizar la Escocia y la Inglaterra. La liga contaba con servidores excelentes: en primer lugar, con los sacerdotes seminaristas ingleses y con los jesuitas escoceses (5), y en segundo, con los embajadores españoles, hombres que coadyuvaban á los planes del catolicismo con mas energía si cabe que su propio soberano. Entre estos últimos, contábase especialmente el embajador español en Londres, D. Bernardino de Mendoza, hombre atrevido, emprendedor, castellano astuto, oriundo de una de las principales familias de su país, que se constituyó en centro del movimiento católico contra la princesa cerca de la cual le había acreditado como representante el gobierno español, y se mantuvo en estrechas relaciones con María Estuardo, con Lennox, con los Guisas, con los católicos ingleses y con el Papa. En Escocia se quiso formar un ejército que, á las órdenes del duque de Guisa, penetrara

(1) Ranke, obra citada, XIV, 286.

(2) Así lo manifestó el sacerdote católico Tyrrel, que fué hecho prisionero.—Froude, XI, 304.

(3) *Cal. of State papers. Domestic series. Isabel, 1581-1590*, pág. 506.

(4) *Idem*, 24, 34, 42.

(5) *Col. of State papers. Domestic series. Isabel, 1581-1590*, pág. 57.

en Inglaterra. María conocía perfectamente este plan y lo aprobaba, aunque dijo que «en él se jugaba la vida y el poder de su hijo.»

El gobierno inglés no ignoraba del todo lo que se maquinaba contra él, gracias á la vigilancia y habilidad de un hombre que desde aquel momento desempeñó un papel importante en la política de su país, Sir Francisco Walsingham. Había nacido en 1536, y se había instruido, mas que por sus estudios en Cambridge, por sus muchos viajes, habiendo entrado despues al servicio de Cecil, que se valió muy pronto de él para los asuntos mas importantes. Por tres distintas veces desempeñó con acierto el difícil cargo de embajador en París, y la reina quedó tan contenta de su actividad en este empleo, que le nombró secretario de Estado y miembro del Consejo privado. Walsingham era uno de los partidarios del partido protestante activo mas inteligentes y decididos que el secretario de Estado, Guillermo Cecil ó sea el primer lord de la Tesorería Burghley, como entonces se llamaba, había hecho entrar en el Consejo de la reina. El nuevo consejero pensaba que así como los adversarios creían buenos todos los medios para acabar con Isabel, con Inglaterra y con el protestantismo, del mismo modo debía considerarse bueno todo cuanto tendiera á aniquilar á tales enemigos. En efecto, no retrocedió ante nada, por inmoral que fuese el medio adoptado, y puso en accion todo el aparato de policía secreta, con sus espías, sobornos, agentes provocadores y conspiraciones conducidas con habilidad. Creía todo esto lícito tratándose de adversarios que trabajaban ocultamente, pues que se trataba de defender un gran principio. Sus principales agentes eran sacerdotes católicos apostólicos que habían olvidado sus deberes (1). Walsingham es intachable en lo que á su carácter personal se refiere, pues no solo no se enriqueció con los fondos del Estado, como hacían tantos otros hombres públicos de aquel tiempo, sino que puso su propia hacienda al servicio de la causa de la reina, y murió tan pobre, que, para ahorrar dinero, se verificó su entierro de noche.

Isabel se ocupó seriamente en los necesarios preparativos para hacer frente á la desgracia que le amenazaba, y con este objeto entró en negociaciones con María.

La reina escocesa había pasado ya catorce infaustos años desde que por órden de su «buena hermana» de Inglaterra fué encerrada en 1568 en el castillo de Carlisle, en un calabozo con una sola ventana con reja. La avaricia de Isabel la había hecho sufrir escasez de una porcion de cosas necesarias; pero en medio de estas privaciones y de aquella ruindad impropia de una reina, la jóven princesa había dado muestras de una fuerza de carácter y de un valor que admiraron á cuantos con María tenían algunas relaciones, incluso sus adversarios. Carlisle pareció á Inglaterra demasiado próximo á las fronteras de Escocia, y poco á propósito para resistir un golpe de mano que pudiera intentar el partido de María; así es que en 15 de julio de 1568 fué trasladada á Bolton, castillo situado en el condado de York, donde recibió la prisionera mejores tratamientos. Despues, cuando en las conferencias de York y Westminster, María se negó á someterse al juicio de la reina de Inglaterra, fué conducida (enero de 1569) á la cárcel de Tubury, donde se renovaron sus anteriores sufrimientos bajo la custodia del conde de Shrewsbury. Esta cárcel era húmeda, fria y malsana, condiciones que hicieron que la infeliz prisionera padeciera continuamente de reuma y de dolores de cabeza; pero estas dolencias no quebrantaron ni las fuerzas materiales ni

(1) Walsingham solía decir: «Un clérigo activo y criminal es el mejor espía del mundo.» Nares, III, 267.

la actividad intelectual de María, que supo burlar constantemente la vigilancia de sus carceleros y ponerse en comunicacion con el mundo exterior.

Desde que se descubrió la conspiracion de Norfolk, fué de continuo trasladada de castillo en castillo, siendo por último encerrada en el de Sheffield, donde solo tuvo dos habitaciones y el número de doncellas mas indispensable. A pesar de esto no perdió nunca las esperanzas y escribió y recibió millares de cartas particulares, en todas las cuales se trataba de su libertad y de la pérdida de su odiada enemiga. El resto del tiempo lo empleaba en conversar con las personas que la rodeaban, cautivando con sus conversaciones á sus propios alcaides, y en obras de caridad y de fanática devocion, fortalecida por el infortunio, sentimiento que mas que inducir á abandonar sus sangrientas intrigas, la movía á perseverar en ellas. Gracias á su aparente resignacion y sumision á la voluntad de Isabel, su situacion mejoró algun tanto en 1574, obteniendo permiso para montar á caballo y cazar y para tomar los baños de Buxton que la aliviarian del reuma. A pesar de todo, los años de prision se iban sucediendo tristes y uniformes: doce hacia ya que permanecía en Sheffield, cuando Isabel procuró enganarla haciéndola entrever la libertad, así que desapareciera el peligro que la inducía á proceder con ella de aquel modo. Por otro lado, la reina de Inglaterra prometió su apoyo á los lores presbiterianos de Escocia, siempre que quisieran intentar algo contra el anti-protestante Lennox. Los lores calvinistas se creían realmente amenazados en su libertad y en su vida; y procediendo con circunspeccion y actividad, en una ocasion en que Jacobo VI salió para las posesiones del conde de Gowrie á fin de entregarse á su diversion favorita, la caza, le sorprendieron y encerraron en la fortaleza de Stirling (1582). De este modo el plan católico, tan hábilmente concebido, quedó frustrado de un solo golpe. Lennox tuvo que huir precipitadamente de Escocia y se refugió en Francia, donde murió al poco tiempo.

Este atrevido y hábil golpe de mano no hizo mas que suspender y modificar los procedimientos de la Liga universal católica, sin que fuera bastante á destruirlos. María Estuardo, la prisionera, fué la que, no desanimada por fracaso alguno, recogió y anudó de nuevo los hilos rotos. De buena gana hubiera prescindido de su hijo, poco adicto á ella, y á quien consideraba mas bien como un obstáculo que se interponía entre ella y la posesion del trono de Escocia y de Inglaterra. María entró en negociaciones con los Guisas y con Felipe II para ver de obtener un desembarco directo en Inglaterra, con lo cual hubiera podido dejarse á un lado la Escocia y la influencia de la corte francesa que siempre había sido poco grata al Rey católico. Felipe, como de costumbre, procedió con gran circunspeccion, pero proporcionó dinero á los conjurados y comenzó á aprestar una escuadra para enviarla contra Inglaterra.

Escocia, sin embargo, era todavía un factor con el cual podía y debía contarse. Jacobo, que había logrado escapar, en julio de 1583, de manos de sus carceleros, se rodeó de lores católicos, amigos de su madre, y entonces, todos los adictos al partido protestante fueron excluidos de los cargos públicos y privados de todo influjo. El jóven rey supo, además, rechazar con desden una pension que para atraerlo á su causa le ofreció Isabel, y escribió al Papa una carta, en la cual protestaba de su sumision á Su Santidad, pedía á Roma y á los Guisas proteccion para él y para Escocia y prometía completa satisfaccion á la Santa Sede. Por último, los autores de la sorpresa de 1582 fueron ejecutados y sus familias vieron confiscados todos sus bienes, sin que Isabel tendiera la mano á sus adictos escoceses, á quienes había prometido auxiliar en toda ocasion.

En la misma Inglaterra, los católicos estaban dispuestos á la lucha en el momento en que el de Guisa, general de la Liga, desembarcara al frente de un ejército hispano-francés y de una escuadra española. Con frecuencia se enviaban asesinos contra Isabel; pero nunca pudieron conseguir su intento. Felipe no podía desechar de su pensamiento la sospecha de que los Guisas querían agregar la Escocia á Francia, en vez de entregarla á España; así es que cada dia iba aplazando el envio de la escuadra prometida, cuya necesidad era en verdad cada vez mas apremiante.

Esta desconfianza y lentitud del rey español fueron funestas al plan tan hábilmente dispuesto por los católicos; pues, á fines de 1583, Walsingham, por sus espías y especialmente por los sacerdotes católicos á él vendidos, tuvo noticia exacta de los acuerdos y proyectos de sus enemigos. Entonces fué reducido á prision Francisco Throgmorton, principal agente mediador entre María Estuardo y D. Bernardino de Mendoza, en cuyo poder se encontraron papeles importantísimos. Throgmorton, puesto en el tormento, que, á pesar de lo dispuesto por la ley se aplicaba constantemente á los reos



María Estuardo en traje de viuda, copia de un cuadro de F. Clouet

políticos, confesó cuanto sabía. Mientras gran número de católicos huían al continente, el gobierno, alarmado por las conjuraciones tramadas recientemente contra la existencia de la reina, procedía con energía y rigor, hasta el punto de que en dos meses fueron ejecutadas once mil personas. Además se aprestó una escuadra, se reforzaron las fortificaciones y se dió muerte á los sacerdotes católicos que no juraron obediencia incondicional á la reina. A Mendoza se le dieron dos semanas de tiempo para que saliera del reino, rompiéndose las relaciones diplomáticas entre España é Inglaterra. Sin embargo, Isabel se espantaba en el fondo ante la idea de una lucha decisiva con todos estos elementos enemigos; así es que procuró disminuir su número y, para ello,

hacer las paces con María Estuardo y con Escocia. El vacilante é indeciso Jacobo se avino pronto á la reconciliacion. Los hechos habían demostrado que María era mas peligrosa en la cárcel que en libertad, y ya se estaba á punto de firmar con ella una alianza defensiva anglo-escocesa bajo la condicion de una paz constante, y de que María compartiera sin obstáculo el gobierno con su hijo.

Pero precisamente en aquel momento el gobierno inglés adquirió nuevas é irrecusables pruebas de que María estaba en connivencia con los Guisas y con Felipe II para asesinar á Isabel y acabar con el protestantismo en Inglaterra.

El descubrimiento de estos planes indignó de tal suerte al pueblo inglés, que estalló en una agitacion leal, patriótica y

protestante. Cuando Isabel se mostraba en público, centenares de personas se arrodillaban á su paso, oraban por ella, y en todas sus oraciones pedían el descubrimiento y castigo de sus impíos enemigos. La reina atravesaba completamente sola por medio de aquella multitud y dijo una vez al embajador francés: «Veo que no todos me quieren mal» (1). Muchos centenares de miles de ingleses formaron y juraron una alianza en la cual prometían solemnemente dedicar su vida y sus bienes á la defensa de su reina, y en caso de que, á pesar de todo, fuese asesinada, á la venganza de su muerte. El Parlamento declaró que en caso de que Isabel no muriera de muerte natural, María Estuardo y sus descendientes perderían todos sus derechos á la corona de Inglaterra.

En tales circunstancias, no había que pensar ya en un tratado con María (2); antes por el contrario, se le puso en mas riguroso y triste cautiverio, siendo encerrada en el mal sano castillo de Tutbury, donde la vigilaban odiosos carceleros. El propio honor de María sufrió menoscabo, pues la esposa del que hasta entonces había sido su alcalde, el conde Shrewsbury, mujer pérfida é intrigante, la acusó de haber mantenido relaciones amorosas con su marido. Con todas estas humillaciones y desengaños (1585), llevaba ya la infeliz María un cautiverio de diez y siete años. La nación inglesa no sentía hacia ella compasión alguna, y antes al contrario, en vista de las tentativas siempre repetidas para asesinar á Isabel, la consideraba como la enemiga mas peligrosa cuya muerte debía ser la mas firme garantía de la seguridad de la reina y del Estado.

La misma Isabel, en presencia de los acontecimientos é instada por los apremiantes consejos de Burghley y de Walsingham, mostróse cada vez mas inclinada á abandonar la política de consideraciones y á proceder enérgicamente contra las potencias católicas.

El partido católico caminaba en Escocia hacia su ocaso. Isabel que hasta entonces nunca había consentido en sacrificar una suma de dinero á los asuntos escoceses, sobornó al nuevo favorito de Jacobo, el intendente de Gray, y al mismo rey con una pensión de cinco mil libras y con algunos perros de caza ingleses; y como Jacobo titubeara, Isabel envió á Escocia á los lores protestantes escoceses que habían huido á Inglaterra, y que pronto hicieron entrar en razón á su soberano. Los soldados á sueldo de los Guisas tuvieron que huir á Francia en 1585, y con ellos desapareció la última esperanza de los católicos ingleses que creían poder encender en las Islas Británicas una guerra favorable á sus planes. Jacobo firmó, en abril de 1586, una alianza amistosa y defensiva con Isabel.

De todas las potencias católicas, España era la que menos hostil se había mostrado á Inglaterra, pues, por espacio de diez años, Felipe II había sido el mas fiel aliado de Isabel, defendiéndola contra María Estuardo, contra Francia y contra el mismo Papa, y aceptando las explicaciones que le dió Isabel acerca de la expulsión de los embajadores españoles, del saqueo de las colonias de España por los piratas ingleses, y de la protección dispensada á los rebeldes de Portugal y de los Países Bajos. Además sus vacilaciones

(1) Manvisière á Enrique III, 19 diciembre de 1583. Raumer, *Cartas de Paris*, II, 137.

(2) María Estuardo escribía en 26 de febrero de 1584 al embajador francés: «Si directa ó indirectamente podeis comunicaros con Throgmorton y Howard, pues con el tercer acusado no he mantenido nunca relacion alguna, asegúradle, en mi nombre, que nunca se borrarán de mi corazón el amor que me profesan y los grandes males que por mi causa han sufrido.» Este documento, de indubitada legitimidad, demuestra claramente que María era el centro del complot tramado contra la vida de Isabel.

habían hecho fracasar las grandes empresas que los católicos intentaban contra Inglaterra. Pero los hombres de Estado ingleses comprendían, con su certero golpe de vista, que, en lo sucesivo, solo Felipe, solo España podía constituir un peligro para su nación, y mantener las esperanzas de los católicos ingleses y escoceses, ya que el Papa y el emperador no tenían fuerza bastante y Francia estaba harto debilitada por su guerra civil. Así es que dirigieron contra España una serie de empresas para debilitar su poder y tenerla ocupada en sus propias posesiones. Con este objeto, se envió á los Países Bajos un considerable ejército, conducido por el amante de la reina Roberto Leicester, para salvar en aquella nación la causa de la libertad política y religiosa de las manos de las armas españolas, lo cual era el mayor insulto y el mas rudo golpe que podía dirigirse al Rey católico (otoño de 1585). Mas aun; Sir Francisco Drake, el mas atrevido y resuelto de los marineros ingleses, fué enviado al frente de una poderosa escuadra contra las Indias Occidentales, en donde tomó por asalto é incendió la floreciente ciudad de Santo Domingo. Cartagena de Indias sufrió muy pronto la misma suerte; pero Drake tuvo que abandonar su empresa, no por los esfuerzos de los españoles, sino por la fiebre amarilla.

Así las cosas, era inevitable una guerra entre España é Inglaterra, de suerte que para la reina inglesa se trataba de aprestarse lo mejor posible á la lucha.

Si solo exteriormente se juzga á Isabel, no podrá menos de formarse un mal concepto de su carácter y cualidades. En efecto, en su proceder político se nota inseguridad y vacilación, y parece que solo un ministro excelente, como Cecil ó Walsingham, puede obtener de ella atrevidas resoluciones, y aun á menudo se arrepiente de haberlas tomado. Raras veces se atreve á llevar á completo término un plan concebido, y por regla general, despues de haber dado tres pasos adelante, retrocede dos y á veces los mismos tres. Esta conducta desesperaba á sus consejeros que calificaban su proceder de insensato é indigno, pues no tenía reparo alguno en no cumplir sus promesas, en proceder contra lo prometido, en negar los hechos mas notorios y en abandonar traidoramente á sus amigos. Los lores protestantes de Escocia y los rebeldes de los Países Bajos pueden responder de esto último. La tortuosa senda de un arte política artificiosa y desleal le gustaba mas que un procedimiento franco y decidido, á lo cual deben agregarse la avaricia y mezquindad mostradas en las ocasiones en que mas le convenia ocultarlas. Mientras á sus admiradores personales, como Leicester, Hatton y otros, les colmaba de beneficios, consistentes en bienes confiscados, ó dominios de la Iglesia ó monopolios del comercio, sus fieles funcionarios eran objeto de vigilancia especial y no recibían mas que el consentimiento para arruinarse en el servicio de la reina. Así aconteció con Walsingham, con Sir Enrique Sidney y con Sir James Erofts: el mismo Burghley tuvo que vender parte de sus bienes para cubrir los gastos que su posición le acarrea. Esta injusticia era, sin embargo, lo de menos; lo peor era que con gran frecuencia fracasaban ó tenían fatal éxito las mas importantes empresas, porque la reina no quería destinar á ellas cantidad alguna. ¡Cuántas veces los individuos del Consejo privado echaron mano de sus propios bienes para poder atender á las mas apremiantes necesidades del momento!

Además Isabel era autocrática en grado superlativo: su divisa era: *Semper eadem*, «siempre la misma;» no admitía contradicción alguna y cualquiera palabra imprudente excitaba su cólera. Quería que se la sirviera de rodillas. Los ministros debían atribuir á ella todo buen éxito, y sin consideración alguna se jactaba de su percepción, de su protección

y de su inspiración divinas. No quería oír hablar de sus antecesores ni de sus sucesores; todo debía concentrarse en ella; efecto de su desmedido orgullo personal que muchas veces se presentaba con un carácter enteramente pueril. Una vez hizo retratar por Jan de Heere mirando á las diosas Juno, Minerva y Venus, las cuales, bajo la forma de tres rollizas flamencas, se inclinaban humildemente ante ella. Gustaba de mostrarse ricamente ataviada y tenía formado un elevado concepto de su belleza. Sus pintores debían copiar convenientemente sus pequeñas y bien formadas manos. A los sesenta y tres años se vestía aun como una joven (1): la fidelidad y la adhesión no eran por ella tenidas en nada si no aparecían revestidas de la adulación y de la abnegación servil. Con estas cualidades, fácilmente se conseguía su favor. Todos debían prestarle homenaje como á sol espléndido, fuente de luz y de vida, y adorarla como dechado de perfecciones, celebrando sus encantos. Sus embajadores sabían que se captaban su agrado criticando las mas famosas bellezas del extranjero y ensalzando la superioridad de la hermosura de Isabel. A los sesenta años exigía aun estas tonterías y el gracioso gascon Enrique IV le escribió pocos años antes de su muerte una carta en estilo de apasionado amante.

Y sin embargo, la reina, que tan pequeña se nos presenta en tales cosas, llevó á cabo empresas de gran magnitud: consiguió que el protestantismo triunfara en su patria y pudiera oponer resistencia en Europa; inició en Inglaterra un nuevo período de fuerza interior, de bienestar y de importancia exterior; y, por último, fué por todos considerada como una de las principales figuras de su época.

No es insignificante tampoco el hecho de que, en medio de la apasionada lucha de partidos y de los disturbios de aquel período, se hiciera altamente popular entre la gran mayoría de sus súbditos. Sus maneras eran muy populares, á pesar ó quizás por causa de los pronunciados rasgos de su fisonomía y de su rudo lenguaje. Isabel era ingeniosa en su modo de hablar, y pronta y justa en sus contestaciones, que, como es sabido, llegaban contadas de boca en boca hasta la plebe. Recibía á todo el mundo: el mas humilde de sus súbditos podía llegar hasta ella: montaba á caballo y tiraba las armas con perfección: sabía dirigir picantes epigramas y beber cerveza, tanto como el mas fuerte *yeoman* de la «alegre y vieja Inglaterra.» No obstante, siempre se la veía erguida y majestuosa en todos estos actos, y nunca dejaba de producir la impresión de reina en el ánimo de los que la rodeaban.

Otras cualidades mas importantes tenía Isabel que la hacían cada vez mas querida de sus súbditos, amor que no puede atribuirse solamente al éxito que coronó todos sus esfuerzos, porque aun el éxito constante requiere ser merecido y conservado.

La lentitud, la inseguridad y la poca sinceridad de su política fueron consecuencia de su excesivo amor á la paz, sentimiento que dominaba sobre todo en la Inglaterra del siglo XVI. Despues de los infructíferos laureles conquistados en la guerra de cien años sostenida contra Francia; despues de los desastres de la guerra de las dos Rosas, Inglaterra deseaba la tranquilidad en el exterior y en el interior, el restablecimiento pacífico del bienestar nacional. El exceso de fuerzas y la afición á las aventuras ofrecieron al comercio, á la colonización y á la piratería mayor espacio en los territorios extranjeros. Así es que todos se alegraban de vivir cómoda y agradablemente bajo el régimen prudente y protector de la reina y de ver florecer la familia y aumentar los bienes. Las clases mas influyentes en política eran las que

mas se veían en tan feliz situación. La soberana prestó un importantísimo servicio al país retirando de la circulación, con tanto talento como energía, las monedas de escaso valor de sus antecesores y sustituyéndolas con otras de mejor ley. También consintió la exportación de granos, prohibida hasta entonces, la cual tuvo consecuencias favorables en extremo para la agricultura inglesa (2). ¿Dónde se vivía entonces tan feliz y tan seguro como en la Inglaterra de la reina Isabel?

¡Cuán escasas ventajas prometía entonces para Inglaterra la aplicación de una política decididamente protestante! Es indudable que la conducta traidora y contraria á los tratados que los hugonotes observaron respecto de la reina, despues del tratado de Amboise (1563), aliándose con Catalina de Médicis contra los aliados de Inglaterra, debía producir una impresión muy desagradable en el ánimo de Isabel; y por otra parte, los rebeldes de los Países Bajos se inclinaban mas hacia los católicos Valois que hacia la protestante Tudor. Pero Isabel, antes que celosa protestante, era inglesa y verdaderamente patriota.

Además, Isabel, que podía ser desagradaída respecto de sus amigos, era conciliadora tratándose de sus adversarios, y no mostraba aquella sed de venganza, contenida durante años, que se notaba en Catalina de Médicis. El interés público era el único sentimiento que presidía sus actos, y á él sacrificaba sus sentimientos personales, por mas que muchas veces estos parecieran sobreponerse por el momento al interés de su país. Estas cualidades en los jefes de los Estados son á menudo calificadas sin razon de egoísmo, ingratitud y falta de sentimientos nobles. No olvidemos tampoco que su misma avaricia, en algunos puntos mal juzgada, reconocía en el fondo un fundamento legítimo, pues las pretensiones que de todos lados la asediaban (de los hugonotes, de los «mendigos» de los escoceses pidiendo auxilios de Inglaterra) y los preparativos para la guerra irlandesa eran en extremo importantes, é Isabel no quería gravar á sus súbditos con nuevos impuestos.

El principal mérito de Isabel consistió en que, siendo ella la que dirigía á su pueblo, tenía especial cuidado en inspirarse en los deseos de la opinión pública. Quería ser la primera de su nación, pero sin estar divorciada de ella, procurando ajustar su conducta en lo posible á la opinión de la parte de su pueblo que vivía en la política activa. Todos los años hacía un viaje de uno ó dos meses por las provincias, para enterarse de las necesidades y deseos de sus súbditos. Ya se deja comprender que sus ministros calvinistas, sus «hermanos en Cristo», como ella les llamaba en tono de mofa, iban á menudo mas allá de los deseos de la mayoría de la nación, y amenazaban al país con sublevaciones y á la religión con reacciones, como había acontecido en los tiempos de Somerset y de la «sangrienta María.» Esto motivaba, las mas de las veces, las vacilaciones que se observan en la conducta de Isabel.

Con razon dijo Isabel en un manifiesto que dió á su pueblo en 1570, que nunca había aspirado por actos tiránicos á privar de la vida ni de los bienes á sus súbditos; que constantemente había procurado suavizar con procedimientos benignos el rigor de la ley y del derecho, evitar la guerra civil que asolaba á las naciones vecinas, y exigir de la riqueza imponible de su país menos impuestos de los que concedía el Parlamento.

Cada una de estas aserciones es cierta, y los ingleses no podían menos de mostrarse satisfechos y agradecidos á su soberana, cuando comparaban su suerte con la de los esco-

(1) Raumer, *Cartas de Paris*, II, 320: Bouillon á Enrique IV (1596).

(2) Camden, pág. 61.